

LA VIDA CRISTIANA, UN ÉXODO

El testimonio de los Padres de la Iglesia

Desde los primeros siglos, la Iglesia contempla la vida cristiana como un itinerario hacia Dios. Así se revela la profunda relación espiritual entre desplazamiento geográfico e itinerario del alma. La condición del discípulo de Cristo es “salir de su tierra”.

La vie chrétienne, un exode, Christus 253 (2017) 25-34

Muchos cristianos, desde los primeros siglos, han oído el llamamiento que *Yhwh* dirigió a Abram de salir de su tierra. En primer lugar la exigencia de anunciar el Evangelio: así Justino, nativo de Palestina, abre en el siglo II una escuela de filosofía en Roma; un poco más tarde, Ireneo, de Asia Menor, va a la Galia; en los siglos siguientes otros alcanzaron regiones como Armenia, Persia y el Extremo-Oriente. A veces las persecuciones les obligaron a dejar su tierra: Ignacio de Antioquía, siglo II, fue llevado a Roma para sufrir el martirio; en el siglo IV, Efrén de Nisibe, tuvo que huir del poder persa y refugiarse en Ede-sa. Además hubo desplazamientos por problemas internos de la Iglesia: Orígenes, después del 230, por las acusaciones de su obispo, tuvo que abandonar Alejandría para instalarse en Palestina. En el siglo IV, por la crisis arriana, algunos obispos conocieron el exilio, como Atanasio, que de Egipto fue enviado a Tréveris, o Hilario de Poitiers, que de la

Galia se refugió en Oriente.

Como dice el escrito a Diogneo, a fines del siglo II: los cristianos “cada uno vive en su propia patria como extranjero (...) toda tierra extranjera es una patria y toda patria una tierra extranjera.”

Las etapas hacia la tierra prometida

En el Éxodo del pueblo hebreo, interpretado a la luz de Cristo, en la travesía del mar Rojo, y en el camino hacia la Tierra prometida, los Padres han visto un símbolo de lo que debe ser la existencia cristiana en busca de la verdadera patria.

En su homilía 27 sobre el libro de los Números, Orígenes comenta que “las etapas que recorrieron los hijos de Israel cuando salieron de Egipto conducidos por Moisés y Aarón” (Nm 33,1) significan “los grados de la fe y de las virtudes” que los cristianos han de recorrer para llegar a la perfección. Porque

el alma está en camino y su guía es “la Columna de fuego y la nube, es decir el Hijo de Dios y el Espíritu santo”. En esta vida, el alma ha de progresar: “Antes de llegar a la perfección habita en el desierto para ejercitarse en los preceptos del Señor y para probar su fe con las tentaciones. Ha vencido una tentación y su alma se ha fortificado, entonces sigue adelante con otra y la pasa como de una etapa a otra”.

En la homilía 17 sobre el libro de los Números, Orígenes comenta la profecía de Balaam y se detiene en las palabras: “¡Qué bellas son tus casas, Jacob, tus tiendas, Israel!” (Nm 24,5), y comenta: “Una casa es algo bien cimentado, estable, dentro de unos límites fijos; pero las tiendas son habitáculos de los nómadas, siempre en camino, que no han llegado al término de su viaje”.

A partir de ahí, Orígenes distingue entre “Jacob”, que son los “perfectos por sus actos y obras” e “Israel”, que son “los que se dedican al estudio de la sabiduría y la ciencia”, es decir, a la contemplación de los misterios espirituales. En el primer caso se consigue la perfección cuando las obras se realizan bien. En el segundo nunca se alcanza la perfección: “Dado que ahí no hay límite ¿qué límite podemos poner a la sabiduría de Dios?- cuanto más uno se acerca, más profundidad encuentra y, cuanto más investiga, mejor comprende su carácter inefable; por eso Balaam no elogia, pero sí admira

las tiendas de los que están siempre en marcha, siempre en progreso, y cuanto más progresan más se alarga el camino; y a estos progresos, los llama ‘tiendas de Israel’”.

La “tienda” es el itinerario del alma en el conocimiento de los misterios. Solo puede hacer paradas provisionales: “Siempre en tensión hacia adelante, parece avanzar como los nómadas con sus tiendas. Nunca llega el momento en que el alma puede descansar, siempre va del bien a lo mejor y, de este mejor, a sublimidades más altas.”

“Siempre en tensión hacia adelante”, recuerda el lenguaje de Pablo: “Olvidando lo que queda atrás me esfuerzo por lo que hay por delante y corro hacia la meta, hacia el premio al que me llamó Dios por medio de Cristo Jesús” (Flp 3,13-14). Lo que dice Pablo, Orígenes lo atribuye al alma de todo creyente, que nunca acaba de escrutar las Escrituras ni los misterios divinos...

Siempre empezando de nuevo

En el siglo IV, Gregorio de Nisa cita este tema paulino en una meditación sobre la vida de Moisés. Nota que éste siempre va por delante y, a pesar de los beneficios y apariciones, todavía pide a Dios que le deje ver su gloria en el monte (Ex 33,1) y comenta: “El alma

liberada de las ataduras terrestres se eleva a las alturas, dejando las cosas inferiores. Como nada que venga de lo alto interrumpe su deseo, el alma es ‘atraída’ por el Bien ‘hacia lo que está por delante’, como dice el Apóstol, y su vuelo la conducirá siempre más arriba. Tiene el deseo de no renunciar, por lo ya ha adquirido, a las cumbres que están por delante, que le comunican un movimiento de ascensión en el que encuentra siempre nuevo aliento para volar más alto.”

Pablo decía que “todo su ser estaba tenso (*epekteinomenos*)”. Gregorio de Nisa utiliza esta palabra para caracterizar el incesante ascenso del alma en búsqueda de Dios. Indica que la perfección está en no detenerse en una etapa y continuar siempre más lejos. Esto está relacionado con la finitud humana, y también, principalmente, con la inmensidad del misterio divino. El deseo de Dios no tiene límites y en su mismo movimiento encuentra descanso: “Ver a Dios consiste en no encontrar nunca satisfecho el deseo”. Gregorio de Nisa lo cita en una homilía sobre el *Cantar de los cantares*: “El término es punto de partida hacia bienes más elevados. Así el que asciende no cesa jamás de emprender un comienzo después de otro y nunca encuentra el final, ya que el alma elevándose sin cesar a un deseo mayor, continua su camino hacia el infinito”.

Empezar una y otra vez: así resume Gregorio de Nisa la experiencia del alma en búsqueda de su Creador.

Peregrinaciones y viajes interiores

La comprensión de la existencia como un itinerario hacia Dios contribuye a explicar el desarrollo de las peregrinaciones en la antigüedad cristiana. Se entienden por el deseo de venerar los “santos lugares”, los de Palestina, pero también los santuarios de los mártires y los lugares habitados por monjes famosos, o las tumbas que protegen sus cuerpos. Los peregrinos hacen la experiencia de dejar su país y recorrer un camino que adquiere valor espiritual. Tenemos relatos de esta experiencia; entre ellos el *Diario*, escrito en 384, por Eteria, una cristiana de España o Francia, que recorrió muchos lugares santos hasta llegar a Jerusalén. Tres siglos más tarde un monje español, Valerio del Bierzo, veía en ella una actualización del gesto de Abraham dejando su patria: “Nacida en los bordes más alejados del Océano occidental, se dio a conocer en Oriente. Buscaba un remedio para su alma y ha dado a muchas almas un testimonio de la manera de seguir a Dios”.

El viaje a los lugares santos no era sin riesgos como lo indica Gregorio de Nisa en una carta “sobre los que van a Jerusalén”. Enumera el riesgo de contaminarse por la “licencia” y la “indiferencia ante el mal” en los albergues y caravanas. También relativiza el alcance del desplazamiento a los lugares santos. Si el viaje a Jerusalén, escribe Gregorio, se considera im-

portante para la vida espiritual de los monjes, deben realizarlo; pero si no, no tienen motivo para emprenderlo: “¿Qué obtendrá de más el que va a esos lugares, como si el Señor viviera en ellos, y estuviera ausente de donde vivimos, como si el Espíritu-Santo abundara en los habitantes de Jerusalén y le fuera imposible venir donde vivimos? (...) Un cambio de lugar no supone una aproximación a Dios, sino que Dios irá a donde estés tú si la habitación de tu alma es tal que el Señor pueda habitar en ti y moverse (...) Aconseja pues a los hermanos dejar el cuerpo para ir hacia el Señor y no Capadocia par ir a Palestina”

La carta de Gregorio no pone en duda el carácter espiritual del peregrinaje. Expresa sin embargo la convicción de que el itinerario del cristiano es un viaje interior, que también puede realizarse en un monasterio. Esta carta va dirigida “a los que han escogido la vida retirada y solitaria”.

La llamada de la tierra prometida

La experiencia monástica, que apareció en el siglo III, y conoció su desarrollo en los decenios siguientes, se puede entender como una forma de actualizar la salida de Abraham y el recorrido del pueblo hebreo camino de la Tierra prometida. En las *Conferencias* de Juan Casiano, escritas alrededor del 425, el autor recuerda *Génesis*

12: “Abraham fue llamado por Dios, lejos de su tierra natal, de sus afecciones de familia y de la casa de su padre: ‘Sal de tu tierra, *le dijo el Señor*, y de tu parentela y de la casa de tu padre!’. Así fue la vocación del bienaventurado Antonio: la ocasión de su conversión le vino solo de Dios”.

Pero la vocación puede también oírse por medio de un hombre y se inscribe en la línea del Éxodo al que Moisés llama al pueblo hebreo: “La segunda clase de vocación es la que se produce por medio de hombres (...) Así recuerdo que fui llamado por una gracia del Señor cuando, por los consejos del bienaventurado Antonio y movido por sus virtudes, yo me consagré a la soledad y a la profesión monástica. De la misma manera los hijos de Israel fueron liberados de la esclavitud de Egipto por medio de Moisés.”

Casiano nota que el monje debe guardarse de querer volverse atrás y que debe soportar la lucha contra los vicios (lucha que significan los combates de Israel contra sus enemigos). El monje debe dejar a su padre –es decir “el hombre viejo”- y realizar una migración interior para alcanzar su verdadera patria: “Una vez emigrados de las realidades visibles a las invisibles, podremos decir con el Apóstol: ‘Somos ciudadanos del Cielo, de donde esperamos al Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo humilde conforme a su cuerpo glorioso’, o también las palabras del bienaventurado David:

‘Soy extranjero sobre la tierra como lo fueron todos nuestros padres’; y seremos semejantes a los que el Señor, en el Evangelio, dice a su Padre “Ellos no son del mundo como yo no soy del mundo.”

Tal es para Casiano la “vía real” a la que están llamados los monjes y que les permitirá alcanzar, la Jerusalén celestial.

Pero los Padres no olvidan que toda existencia cristiana se ha de vivir bajo el signo del Éxodo. Juan Crisóstomo explica a los cristianos de Antioquía que cualquiera que sea su estado de vida, están llamados a la perfección. Si Ambrosio invita a los cristianos de Milán a “huir del siglo”, reconoce que esto se puede vivir en la ciudad tan bien

como fuera, y subraya que la marcha del pueblo hebreo en el desierto prefigura el itinerario de todo bautizado. La Iglesia, como dice Agustín, camina a lo largo de las edades, hasta el fin del tiempo.

Así, para los Padres, el Éxodo no es algo que cualifique solo a los cristianos llamados a dejar un lugar por otro. Tiene también un sentido de orden espiritual. Caracteriza la condición del alma en su itinerario hacia Dios. La experiencia monástica lo explicita de una manera radical, pero todo cristiano está llamado a “dejar su país” para ir a la Tierra prometida, una y otra vez, hasta el fin de los tiempos.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA, S.J.

El lenguaje cristiano sobre Dios que hemos heredado ha evolucionado en un marco que no valora la humanidad única e igual de las mujeres y que lleva los estigmas de tal parcialidad y dominio. Este lenguaje soporta ahora una serie de ataques, tanto por su complicidad con la opresión humana cuanto por su capacidad para desposeer de bondad y de profundo misterio a la realidad divina. El discurso emancipador cristiano feminista pretende fortalecer a las mujeres en su lucha por hacer históricamente tangible su propia humanidad como *imago Dei*, y preparar así un terreno firme a la gloria de Dios en la historia. Dado el engranaje de las opresiones en el mundo, es decir, la connivencia del sexismo con el racismo, el clasismo (...), este esfuerzo por renovar el lenguaje sobre Dios es de vital importancia para la Iglesia y para el mundo.

E. A. Johnson, *La Que Es. El Misterio de Dios en el Discurso Teológico Feminista* (1992)